

# NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2014

## ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

## ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

## ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

## CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de  
Educación Superior,  
Ciencia, Tecnología e Innovación



tráfico de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

## CRÍTICA

Leo Panitch y Sam Gindin: *The Making of Global Capitalism: The Political Economy of America Empire*, Londres y Nueva York, Verso, 2013, 464 pp.

HUNG HO-FUNG

### ¿CANADIZACIÓN?

Cuando el ejército de Estados Unidos cayó sobre Afganistán e Iraq y el poder del neoconservadurismo estaba en máximos tras los ataques del 11-S, algunos términos como «imperio» e «imperialismo» se espolvoreaban con generosidad en gran parte de la literatura sobre política internacional. Pero este vocabulario ha dejado de estar de moda desde que Bush dejó paso a Obama y los drones estadounidenses comenzaron a reemplazar las botas sobre el terreno. La caída de Wall Street de 2008, junto con el ascenso aparentemente inexorable de China, inspiró los rumores sobre una superpotencia en declive y la emergencia de un «mundo posestadounidense». Leo Panitch y Sam Gindin apuntan contra esta ortodoxia nueva en una obra valiente y rigurosa, en la que sostienen que el imperio estadounidense se mantiene tan potente como siempre, junto con el orden capitalista global que creó y sostiene. Los autores consideran que el capitalismo global es un proyecto de Estados Unidos que se ha desarrollado gradualmente desde el principio del siglo XX. El objetivo ha sido establecer un marco que permita al capital (de Estados Unidos o no) moverse libremente a lo largo del planeta para posibilitar su acumulación. Ha atravesado varias crisis en su camino (desde la Gran Depresión de la década de 1930 a la recesión de la década de 1970 y el colapso de 2008) tan solo para emerger con más fuerza cada vez.

Apartándose del habitual enfoque sobre la capacidad militar de Estados Unidos, Panitch y Gindin recurren al materialismo histórico para ahondar en los fundamentos económicos del imperio estadounidense, bebiendo de

una amplia gama de fuentes para redactar una obra vívida que abarca desde principios del siglo XIX a la actualidad, con un capítulo inicial sobre el «ADN del capitalismo estadounidense» y una sección final sobre el «milenio capitalista global». Por el camino, rechazan tres conocidas argumentaciones sobre la posición de Washington en el orden mundial: que se produjo un cambio radical del aislacionismo al internacionalismo durante la Segunda Guerra Mundial, que la crisis de la década de 1970 señaló el declive del poder global de Estados Unidos y que la turbulencia económica actual está acelerando el eclipse final de la hegemonía estadounidense.

Los autores descartan de plano que Estados Unidos fuera un país aislacionista antes del conflicto con Alemania y Japón. Desde finales del siglo XIX, el capital estadounidense ha tenido siempre el impulso de organizar la acumulación de capital a escala mundial, haciendo que la proyección del poder de Estados Unidos en el extranjero le resultara imprescindible. La política de puertas abiertas de la década de 1890 codificó esta necesidad, yendo más allá del modelo británico por su insistencia no solo en el libre comercio, sino también en el movimiento libre del capital. El patrón del dominio económico de Estados Unidos, tanto sobre los otros Estados industriales avanzados como sobre la periferia subdesarrollada, quedó ya establecido en sus relaciones con Canadá y México en vísperas de la Primera Guerra Mundial. El primer Gobierno de Roosevelt postuló incluso «la universalidad de la ley y de los principios constitucionales estadounidenses», equiparando «la protección del capital estadounidense con la aplicación extraterritorial de los derechos de propiedad en general». Tras la destrucción en Europa, el dólar, respaldado ahora por el sistema de la Reserva Federal, se convertiría en «la moneda de reserva principal en el sistema financiero mundial, aunque todavía compartiera los honores con la libra esterlina y en menor grado con el franco. Además, el flujo de capital estadounidense privado hacia Europa tras la Primera Guerra Mundial fue considerablemente superior al que hubo inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial».

Panitch y Gindin defienden que si a pesar de ello, Estados Unidos no adoptó un papel verdaderamente global entonces, fue por falta de medios, no por falta de voluntad. Frente a los Imperios francés y británico, dominantes todavía en sus respectivas esferas, y ante la cruda realidad de que Washington «no tenía una fuerza militar que dominara al resto del mundo capitalista», Estados Unidos solo pudo dar rienda suelta a las ambiciones imperiales en su propio hemisferio. Canadá ya se había convertido en «una dependencia rica dentro del imperio estadounidense», ya que «los bancos canadienses eran casi los únicos del mundo que utilizaban el dólar como moneda de reserva, y mantenían cuantiosos saldos externos en Nueva York como fuente de liquidez y para cubrir el enorme flujo de bienes y capital a través de la frontera». Esta incorporación sin complicaciones se anticipó «al tipo de relación

que se desarrollaría entre Estados Unidos y tantos otros países capitalistas, incluyendo los más avanzados, antes de que el siglo xx hubiera terminado». Con la victoria en la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos obtuvo finalmente la supremacía militar sobre el Viejo Mundo y se lanzó a «canadanizar» el continente, tal como lo denominan Panitch y Gindin. Tras asegurarse de que las puertas permanecían abiertas para las empresas estadounidenses, Washington procedió a rehacer Europa a su propia imagen, remodelando las fuerzas de clase internas a base de instrumentar intereses creados permeados por las multinacionales estadounidenses.

El mismo proceso de americanización por medio de la inversión exterior se pudo observar en otras partes del mundo. El libre movimiento de capital fue facilitado por el sistema de Bretton Woods, que —a diferencia de la ONU, que «todavía conservaba rastros significativos de las “esferas” de influencia de las antiguas grandes potencias»— institucionalizó «el papel predominante de Estados Unidos en la gestión monetaria internacional como parte de la aceptación general del dólar estadounidense como moneda fundamental de la economía internacional». Con un tipo de cambio fijo basado en una garantía de una onza de oro por 35 dólares, los activos en dólares (sobre todo, los bonos del Tesoro de Estados Unidos) se convirtieron en una «reserva de valor internacional segura»; el dólar era la moneda utilizada en la mayoría de las transacciones internacionales y para las reservas de divisas de los principales Estados capitalistas. En el frente doméstico, la política social keynesiana y el modelo empresarial fordista proporcionaron un alto nivel de salarios y de consumo a la clase obrera, asegurando la paz laboral y salvando el exceso de oferta industrial de los primeros años de la posguerra. La estabilidad y la prosperidad del mundo capitalista desarrollado en las décadas de 1950 y 1960 se basaron en estos fundamentos.

Aunque reconocen que Estados Unidos experimentó una grave crisis económica al terminarse el *boom* de la posguerra, Panitch y Gindin niegan que esto llevara a una disminución permanente del poder estadounidense, sosteniendo, por el contrario, que su clase dirigente consiguió superar la crisis eficazmente y rejuvenecer los fundamentos materiales de su imperio. Este giro propició la total consolidación del capitalismo global en la última década del siglo xx. Los autores sostienen que las contradicciones fundamentales que provocaron la crisis de la década de 1970 provenían de la doble responsabilidad de Estados Unidos: gestionar su propia formación social y asegurar la buena salud del sistema mundial. En la década de 1960, la creciente militancia obrera y la presión del movimiento por los derechos civiles indujeron a Johnson a lanzar su programa de la «Gran Sociedad». La combinación de una importante subida del gasto social con la espiral de los costes de la guerra de Estados Unidos en Vietnam tuvo como resultado un déficit fiscal enorme. En este contexto, Wall Street consideró que la reticencia de

la Reserva Federal a ajustar la política monetaria era un intento de subvencionar el gasto del Gobierno a base de mantener bajo el tipo de interés de los bonos del Tesoro, y protestó enérgicamente contra la supuesta pérdida de independencia de la Reserva Federal y la deficiencia de su gestión para estabilizar el dólar. Otras potencias capitalistas instaron también a Estados Unidos a que mostrara una mayor disciplina económica, ya que el tipo de cambio fijo provocaba que la inflación de Estados Unidos se extendiera a sus economías. Esta confluencia de tensiones de clase internas y de presión exterior llevó al colapso del sistema de Bretton Woods, que se había convertido «cada vez más en una rémora para la capacidad de Estados Unidos de navegar entre sus responsabilidades domésticas e imperiales».

En contra de la percepción generalizada de que Nixon abolió el patrón oro en medio de una situación caótica, Panitch y Gindin señalan que el proceso fue gestionado de cerca por los principales poderes capitalistas bajo la dirección de Estados Unidos, y muchas de las reuniones decisivas entre ellos tuvieron lugar en la biblioteca de la Casa Blanca. Estos encuentros regulares para preparar el sistema de tipos de interés flotante fueron a su vez institucionalizados en las cumbres del G7, que eran «fundamentalmente un vehículo para proporcionar apoyo y refrendar las iniciativas y las ideas generadas por Estados Unidos». Debido a la gravedad de la crisis del capitalismo global, el desmantelamiento de Bretton Woods no trajo la estabilidad inmediata. La tasa de inflación y los males fiscales de Estados Unidos siguieron empeorando, y se tardaría «toda una década en reajustar el equilibrio entre las fuerzas de clase, tanto doméstica como internacionalmente, para salir de la crisis de manera que la dinámica globalizadora del capitalismo liderada por Estados Unidos quedara no solo intacta, sino reforzada». La estanflación de la década de 1970 en Estados Unidos llevó a una fuga de capital y a déficits en la balanza de pagos, pero esto solo sirvió para aumentar el suministro de dólares en la economía mundial y así, paradójicamente, «sentó las bases para aumentar la expansión del crédito en dólares y la innovación financiera, tanto doméstica como internacionalmente». Además:

La incertidumbre financiera que siguió al colapso del sistema de tipos de cambio, en medio de la volatilidad de los precios de las materias primas y el incremento de los tipos de interés a corto plazo, mejoró de hecho el atractivo de las letras del Tesoro para los inversores internacionales, que reconocían la profundidad y la liquidez del mercado de bonos estadounidense.

Este proceso ayudó a desencadenar un tsunami de derivados e instrumentos de cobertura que finalmente hicieron posible que la Reserva Federal detuviera la caída del valor del dólar y acabase con la inflación con una subida drástica del tipo de interés. La Reserva Federal había rehuido este curso de acción durante gran parte de la década de 1970, temiendo que un endurecimiento radical del suministro de dinero precipitara una catástrofe de la

dimensión de la Gran Depresión. Pero Panitch y Gindin sostienen que la revolución de los derivados permitió a las empresas protegerse de los tipos de interés galopantes, y Paul Volcker logró imponer una subida de dos dígitos entre 1979 y 1983 sin provocar el colapso económico.

Con el éxito del *shock* de Volcker en la estabilización del dólar, seguido de la victoriosa arremetida de Reagan contra las organizaciones de los trabajadores, su desmantelamiento del Estado social y la desregulación financiera, el ajuste estructural del capitalismo estadounidense había sido consumado. Panitch y Gindin insisten en que las subsiguientes financiarización y desindustrialización de la economía de Estados Unidos no tuvieron como resultado ningún «vaciado». Sostienen, por el contrario, que los fundamentos materiales del poder estadounidense desde la década de 1980 han sido más sólidos que nunca. Por una parte, la proliferación de productos financieros y la persistente centralidad de los títulos del Tesoro en el sistema financiero internacional han generado flujos crecientes de capital hacia Estados Unidos, compensando su hinchado déficit comercial, tal y como ejemplifica la enorme demanda de bonos del Tesoro por parte de Asia. Por otra parte, la desindustrialización por medio de la externalización, razón principal del déficit comercial, simplemente ocultó la fuerza duradera del poder productivo estadounidense, como ejemplificó el iPod de Apple:

Debido a que su último lugar de montaje era China, cada iPod vendido en Estados Unidos representaba un incremento en el déficit comercial estadounidense de 145 dólares, a pesar de que significaba un incremento del excedente que Apple captaba de los trabajadores nacionales y especialmente, extranjeros.

Lejos de constituir una prueba del declive estadounidense, el traslado de la fabricación a países como China mostraba de hecho que «las empresas estadounidenses eran capaces de aprovecharse de manera especial del mundo abierto en cuya creación habían jugado un papel tan importante». Estados Unidos todavía conserva la parte principal de todo el gasto de la OCDE en investigación y desarrollo en los sectores de alta tecnología. Sigue siendo un destino atractivo para la inversión extranjera directa, tal como la de los fabricantes de automóviles japoneses que establecieron nuevas plantas de coches en centros industriales no tradicionales del sur estadounidense. Desde la perspectiva de los antiguos bastiones industriales como Detroit, esto puede parecer un declive, pero los autores sostienen que en realidad representa una reubicación interna.

Bajo los auspicios del rejuvenecido imperio estadounidense, la crisis financiera de Estados Unidos que comenzó en 2007 no fue el resultado del declive económico, sino de las contradicciones de clase internas. Una vez que el ajuste estructural del Gobierno de Reagan recortó drásticamente el gasto social y frenó las subidas salariales, la elite estadounidense se dedicó a

comprar la paz racial y entre las clases a base de ampliar el acceso al crédito, ofreciendo la perspectiva de la propiedad de la vivienda a los trabajadores con salarios bajos como compensación. La desregulación dio lugar a la expansión de las hipotecas basura, que a su vez estimularon el crecimiento de derivados financieros tóxicos, extendiendo el riesgo a lo largo del sistema económico global. La alta volatilidad de tales actividades suponía que incluso un pequeño empeoramiento de la situación económica desencadenaría una crisis a gran escala. El tambaleante edificio construido sobre estos cimientos comenzó a desmoronarse con la primera ola de impagos de las hipotecas.

Para Panitch y Gindin la rápida migración de la crisis a través de los países europeos demostró la persistente centralidad de la economía estadounidense en el sistema global, así como la dependencia perenne de Europa de los activos denominados en dólares. La capacidad de Estados Unidos para autorrescatarse por medio de una expansión agresiva de liquidez con el programa de «flexibilización cuantitativa» [*quantitative easing*] muestra que el patrón dólar sigue siendo prácticamente incuestionable. Previamente, sostienen:

qualquiera que hubiera propuesto una huida hacia adelante tan enorme y directa habría sido tachado de analfabeto en economía. Se habría pronosticado una venta masiva de títulos del Tesoro por parte de otros compradores, y una huida masiva del dólar. El hecho de que nada de esto ocurriera y que la aprobación por parte del Tesoro de la flexibilización cuantitativa no provocara en principio comentarios críticos, da prueba del reconocimiento por parte del capital global (y del resto de los Estados capitalistas) del papel central de Estados Unidos para que el sistema siga adelante [...]. La flexibilización cuantitativa supuso básicamente una audaz impresión de dólares estadounidenses y, por lo tanto, dependió de la disposición de los inversores extranjeros y de los bancos centrales para continuar manteniendo dólares; fue el recordatorio más fuerte hasta la fecha de la persistencia del atractivo especial del dólar. A pesar de que la laxa política monetaria hizo descender el precio del dólar estadounidense, no debilitó su estatus, o su papel, de moneda global.

En esta situación, otros Estados no tuvieron la posibilidad de elegir: un dólar con menor valor devaluó sus participaciones en activos estadounidenses, debilitó la competitividad relativa de sus economías, y agravó las presiones inflacionistas al circular ese excedente de dólares en la economía global. Pero «dadas las posiciones estructurales de esos Estados dentro del capitalismo global y dadas sus ambiciones económicas, no tuvieron más opción que continuar guardando e incluso incrementado sus inversiones en dólares».

Incluso tras la crisis global, los autores concluyen que no existe una evidencia real de la decadencia de la economía estadounidense, ni ninguna señal de rivalidad interimperial que pudiera desestabilizar el poder de Washington. La construcción del capitalismo global, un proyecto que avanzó bajo los auspicios imperiales de Estados Unidos a lo largo de un siglo xx envuelto en crisis, ya ha sido rematada por fin. Sostienen que las únicas

contradicciones capaces de debilitar este orden económico serán las que vengan, no del escenario internacional, sino de la lucha de clases interna en Estados Unidos, puesto que la destrucción del capitalismo global «sólo será posible si los Estados que lo han construido se transforman y esto se aplica especialmente a Estados Unidos».

Panitch y Gindin ofrecen argumentos consistentes para demostrar la persistencia del poder estadounidense en el capitalismo global. De todas las pruebas que aportan para apoyar su defensa, la invencibilidad aparente del patrón dólar es la más convincente. A pesar de todo el debate sobre el declive en la hegemonía del dólar desde que Nixon suprimió el vínculo con el oro en 1971, sigue siendo la moneda internacional de reserva y de transacción más ampliamente usada del mundo; el euro, su rival más próximo, le sigue a gran distancia. De acuerdo con el FMI, el 61 por 100 de todas las reservas internacionales mundiales declaradas en 2011 eran en dólares, frente al 26 por 100 en euros y menos del 4 por 100 en yenes. El estatus global del dólar se ha fortalecido, en lugar de debilitarse, con la recesión: entre marzo de 2007 y el mismo mes de 2014, las participaciones extranjeras totales en títulos del Tesoro aumentaron de alrededor de 2 billones de dólares a casi 6 billones, confirmando la teoría de los autores de que en tiempos de caos económico, ya sea en la década de 1970 o después de 2008, el dólar siempre se convierte en un refugio seguro para el capital internacional, incluso cuando el propio Estados Unidos está en el epicentro de la tormenta. No importa lo bien o lo mal que le vaya a la economía estadounidense en cuanto a su capacidad tecnológica, el crecimiento de su productividad, la tasa de inflación u otros indicadores: el dólar es considerado invariablemente el depósito de valor más fiable, en relación con el cual se evalúa todo lo demás en el mercado mundial. Todos los rumores sobre los Derechos Especiales de Giro del FMI o que el renminbi chino desplazarían a la moneda estadounidense tras la crisis han resultado infundados.

¿Pero cuál es el fundamento último del papel del dólar en la economía mundial? Panitch y Gindin no analizan esta cuestión, pero a pesar de ello nos proporcionan una pista. Tal como se ha mencionado anteriormente, sostienen que Estados Unidos ya había desarrollado apetitos imperiales a principios del siglo XX, pero se había visto maniatado por su incapacidad para apoyar tales ambiciones con el uso de la fuerza. La idea de un orden capitalista global solo comenzó a tomar forma tras la Segunda Guerra Mundial gracias al dominio militar recién conseguido por Washington. El vínculo exacto entre el poder geopolítico de Estados Unidos y la hegemonía del dólar no se analiza en el libro, pero la literatura existente ofrece múltiples ejemplos que demuestran esta relación. Por ejemplo, es bien conocido que Washington utilizó repetidamente las negociaciones sobre su pacto de seguridad con Alemania Occidental durante la Guerra Fría para echar por tierra



cualquier movimiento de la República Federal para diversificar sus reservas internacionales y disminuir su dependencia del dólar. Se ha argumentado que uno de los detonantes de la segunda guerra de Estados Unidos contra Iraq fue adelantarse a un acuerdo entre Sadam Husein, Francia y Alemania para denominar las exportaciones de petróleo iraquí en euros, moneda que acababa de ser lanzada, a cambio del levantamiento de las sanciones de la ONU. La debilidad militar de Europa y su dependencia de Estados Unidos socavan su capacidad para desafiar el monopolio del dólar. Japón tampoco tuvo el valor de decir que no cuando Estados Unidos exigió la apreciación del yen en 1985, o cuando vetó la creación de un Fondo Monetario Asiático después de 1997. La supervivencia del patrón dólar-letra del Tesoro, que ha permitido a Estados Unidos recibir préstamos baratos del resto del mundo y capear crisis económicas graves desde la década de 1970, se asienta finalmente en el monopolio estadounidense de la violencia en relación con otros países capitalistas avanzados: un monopolio que, a su vez, es financiado con crédito barato basado en el dólar, produciendo un círculo autosostenido.

Aunque la escasez del análisis sobre los factores militares y geopolíticos en la construcción del capitalismo global centrado en torno a Estados Unidos no debilita el argumento principal del libro sobre el triunfo del imperio estadounidense, tales omisiones hacen más difícil explorar los escenarios potenciales para su futuro a largo plazo. Como hemos visto, Panitch y Gindin concluyen que, con la realización completa del proyecto imperial de Estados Unidos, el impulso para el cambio no vendrá de las tensiones y los conflictos entre los principales Estados capitalistas, sino de las luchas de clase internas en el propio país. La rivalidad interimperial entre Estados Unidos, Europa y Japón está fuera de la cuestión. Hasta el momento, esto es probablemente cierto: las principales potencias capitalistas han sido de hecho «canadanizadas» desde 1945; dependen económicamente del dólar y están sujetas a la protección militar de Estados Unidos. Pero los autores puede que hayan extendido demasiado rápidamente al resto del mundo esta visión sin fricciones de la hegemonía estadounidense. En las primeras décadas del siglo XXI, el aumento de nuevas potencias capitalistas fuera del paraguas de seguridad de Estados Unidos, tales como Rusia y, desde luego, China, constituye un imponderable que hace que resulte incierto el desarrollo a largo plazo del capitalismo global.

Panitch y Gindin tienen razón al aseverar que la compra masiva de bonos del Tesoro por parte de China y otras economías emergentes no es prueba de su fortaleza, sino de su dependencia del mercado de Estados Unidos y el dólar. Pero, a la larga, estos jugadores nuevos (que tienen la capacidad de ser pesos pesados geopolíticos, al menos en sus propias regiones) ¿se contentarán con su papel de financieros subordinados del imperio estadounidense? ¿No intentarán forjarse sus propias esferas de influencia?

Entre las elites dominantes de estas potencias en crecimiento existen como mínimo fracciones significativas que parecen albergar tales ambiciones, que no necesariamente son fomentadas por los imperativos de la acumulación de capital; más a menudo, el factor decisivo es la lógica territorial y nacionalista de impulsar la gloria y legitimidad de los líderes. El intento de Putin de restablecer un protectorado ruso sobre las antiguas repúblicas soviéticas y la creciente belicosidad de Pekín hacia sus vecinos marítimos no son los cursos de acción más racionales desde un punto de vista estrictamente capitalista. El intento de China de promover el uso de su moneda en Asia por medio de créditos en renminbis, permutas financieras de ayuda y divisas, aunque es todavía diminuto en comparación con su compra de bonos del Gobierno estadounidense, demuestra un deseo de alcanzar una hegemonía regional que tiene cierto parecido con el intento de Alemania de establecer en Europa un bloque del Reichmark durante la década de 1930. No es probable que estos desafíos a la hegemonía estadounidense traigan un mundo más justo y humano (como podrían corroborar quienes viven a la sombra de estos nuevos imperios regionales), pero sí es concebible que puedan desencadenar una crisis geopolítica susceptible, a su vez, de exacerbar las contradicciones internas dentro de Estados Unidos, tal y como la ofensiva del Tet del Vietcong hizo una vez.

Es demasiado pronto para saber si estas ambiciones nacionalistas generarán verdaderos imperialismos regionales enfrentados al imperio estadounidense o serán moderadas por las necesidades de la acumulación doméstica de capital en las potencias emergentes, al estar integradas y ser dependientes del mercado y la moneda estadounidenses. Aunque Panitch y Gindin refutan de manera convincente las predicciones de rivalidad interimperial entre Estados Unidos, Europa y Japón, es más probable que tal rivalidad surja del crecimiento de los Estados semiperiféricos que han estado históricamente al margen de la protección militar estadounidense. Por el momento no hay un usurpador serio a la vista, pero la invencibilidad del imperio estadounidense frente a los desafíos exteriores puede que no sea una perspectiva tan segura a largo plazo como el libro supone.